

po le trasforma por completo en su manera de ser político y social, aumentando de una manera considerable su territorio y su población con la conquista del país de los tepanecas y demás tribus á ellos sometidas. La corona de este respetable imperio fué dada por aclamación de todos al valiente Motezuma, el más digno por su valor y por su talento de ocupar tan elevado cargo. Su conducta, durante el periodo de su reinado, fué tan prudente y acertada, que el Anahuac llegó á ser objeto constante de la codicia de todos los demás pueblos, siendo esto causa de que Motezuma se viese frecuentemente obligado á defender con las armas aquel vasto y próspero territorio.

La muerte de Motezuma, acaecida en 1464, llenó de tristeza y hasta de temor al pueblo mejicano, que recelaba, á pesar de toda su grandeza, volver á ser víctima de alguna invasión de las tribus enemigas; pero ese temor desapareció tan pronto como fueron conocidas las dotes y la conducta de Axajacatl, sucesor y pariente del difunto rey. Axajacatl, en efecto, imitando y siguiendo los consejos de su antecesor, continuó sus conquistas hasta el Grande Océano, sometiendo á su corona el Estado de Tlatelolco y otra porción de ciudades marítimas, á la cabeza de las cuales se hallaba Tehuantepec; y de este modo Méjico, que á manera de la antigua Roma, nada quería que existiese independiente, sino que todo estuviese sometido á su poder, consiguió infundir por todas partes el terror y el miedo, y no había pueblo que no temblase al dirigirse sobre él las legiones de aquellos emperadores. Sólo así podría explicarse la prosperidad y extraordinaria grandeza de aquel imperio, que hácia el año de 1500 se extendía á las fronteras de Guatemala y Yucatan, sin embargo de las grandes dificultades que por el terreno y la ferocidad de los habitantes de aquellos bosques se presentaban á los mejicanos.

VI.

La organización militar de los aztecas se parecía en cierto modo á la de los ejércitos feudales de la Edad Media. Un imperio que tuvo las armas en la mano desde su origen hasta su caída, debió poner el estado militar

en primer término. La jerarquía y la composición de los ejércitos aztecas, no se conocen sino de una manera imperfecta: únicamente se sabe que todos los grados estaban reservados á la nobleza; que estaban mandados por diversos generales de grados diferentes que se distinguían unos de otros por plumas, cascos y armaduras particulares. Un general en jefe tenía el mando supremo. En cuanto al reclutamiento, era muy sencillo, puesto que se derivaba del principio de que todo hombre que pudiera combatir, debía ser soldado. Los jefes ó señores feudatarios, y los príncipes aliados, debían suministrar cierto número de hombres y marchar á su cabeza, en el momento en que fuesen requeridos. No había, por lo tanto, ejércitos permanentes.

Las armas de los aztecas, como las de otros pueblos de la América de aquellos tiempos, sólo eran buenas para combatir con otros enemigos que no las tuvieran mejores. Los guerreros llevaban una especie de corazas de algodón, de tres centímetros de espesor, que protegían el cuerpo desde el cuello hasta la cintura. Los soldados manejaban con destreza una maza hendida, con la que lanzaban piedras con tanta fuerza como si fueran tiradas con honda. Conocían el broquel ó escudo ovalado, la espada de dos filos, y las picas de quince ó diez y seis piés de largo, que terminaban en una punta de corte muy afilado. Pero el arma más peligrosa en manos de los aztecas, era un dardo que sabían lanzar con una destreza maravillosa, y con el cual atravesaban á un hombre de parte á parte. Al extremo de este dardo estaba atado un largo cordón, por medio del cual lo retiraban con prontitud para lanzarlo de nuevo. Los mismos españoles tenían esta arma mortífera, contra la cual no siempre les resguardaban sus corazas de hierro.

La historia de la conquista prueba que los mejicanos no tuvieron la menor idea de lo que ahora se llama orden de marcha, orden de batalla, evolución, táctica y disciplina: se arrojaban en masa sobre el enemigo, y volvían á la carga en tanto que no se desalentaban. No era menester mucho para que perdieran el ánimo: la muerte de un general, la toma del estandarte real los llenaba

de terror, y se declaraban en huida en el mismo instante en que debían creerse más fuertes. Malísimos soldados en campo raso, se batían con denuedo detrás de sus murallas, en lo alto de sus torres, ó sobre las plataformas de sus templos; allí era preciso matarlos para vencerlos. Los aztecas sabían sacar partido de los accidentes del terreno, y transformar alturas naturales en fortalezas, construyendo varios recintos de muros elevados de distancia en distancia, desde la base de la montaña hasta su cima. Las pirámides de Cholula y de San Juan de Teotihuacan, las construcciones de Xochicalco, etc., fueron á la vez edificios religiosos y plazas fuertes. Los restos de algunas de sus fortificaciones que se han conservado hasta nuestros días, prueban que los pueblos del Anahuac eran ménos ignorantes de lo que se les supone en el arte de la defensa, más perfeccionado entre ellos que el del ataque.

CAPITULO II.

LA CONQUISTA.

Descubrimiento de Nueva España ó Méjico.—Proyectos y preparativos para la conquista.—Hernán Cortés.—Su expedición.—Fundación de Veracruz.—Marina.—Guerra con los tlascaltecas.—Motezuma II.—Prisión de Motezuma.—Expedición de Narváez.—Muerte de Motezuma.—Batalla de Otumba.—Sitio y toma de Méjico.

I.

Remediados en parte los graves males que afligían á España y sus posesiones de América con el reinado de Carlos I, se reanimó el espíritu de conquista de los españoles en el Nuevo Mundo, volviendo á agitarse con gran entusiasmo el pensamiento que ya anteriormente habían abrigado algunos españoles, del descubrimiento de nuevas tierras no muy lejanas á las ya encontradas por el bravo marino Cristóbal Colón. Las noticias que de tales países trajeron á España los pocos soldados que escaparon de la intentada conquista del Yucatan por el intrépido Francisco Fernández de Córdoba, alentaron más y más el ánimo de los españoles, y bien pronto el activo y ambicioso

Diego Velázquez, capitán de la isla de Cuba, dispuso que se preparasen tres bajeles y un bergantín, con todo lo necesario para llevar adelante aquella atrevida empresa.

Juan de Grijalva, cuyo nombre habíase ya hecho harto conocido por su arrojo y singulares conocimientos en la marina, fué nombrado cabo principal de la expedición, y capitanes de la misma Francisco Montejo y Alonso Dávila. El 8 de Abril de 1518 se hicieron á la mar con doscientos cincuenta soldados, incluyéndose en este número los pilotos y marineros, y en pocos días arribaron y se hicieron dueños del paraje de Potonchan ó Champoton, en donde fué muerto con casi todos los suyos el valiente capitán Fernández de Córdoba. Continuando despues su rumbo, descubrieron una dilatada costa sembrada de multitud de pueblos, cuyos edificios tenían grande semejanza con los de España, y de aquí el haber dado á aquella costa el nombre de Nueva España. La afortunada tripulación se dirigió despues al río Tabasco, uno de los más caudalosos que desembocan en el golfo mejicano, y que desde entónces tomó el nombre de río de Grijalva, desde el cual tuvieron ocasión de apreciar en cierto modo las grandes riquezas que debieran esperarse de aquellos países.

Sin dejar su derrotero, llegaron más tarde al río que llamaron de Banderas, en donde Juan de Grijalva, despues de haber recibido al desembarcar cuantiosos regalos de los indios que habitaban en las márgenes del citado río, pudo saber que aquellas tierras eran dependientes del rey de Méjico, Motezuma, cuyos Estados, además de sus grandes dimensiones, eran los más ricos y florecientes de toda la América.

Estas noticias decidieron á Grijalva á pedir mayores auxilios á Diego Vázquez, con el fin de asegurar los países ya descubiertos y apoderarse de aquellos otros de Motezuma; con lo cual, y despues de haber descubierto la isla de San Juan de Ulúa, se volvió con sus naves á Santiago de Cuba, arribando en aquel puerto el 15 de Noviembre del citado año. Los regalos presentados por Grijalva al gobernador ó capitán de la isla, y la relación que hizo al mismo de las riquezas que

contaba el país que había descubierto, decidieron á Diego Velazquez á aprestar incontinenti una armada de diez bajeles de ochenta á cien toneladas; y no teniendo, segun algunos, completa confianza en el valor y pericia de Grijalva, ó con intenciones, segun otros, nada nobles y generosas, el citado Velazquez dió el mando de aquella expedicion al célebre Hernan Cortés, de quien habremos de permitirnos algunas, aunque ligeras consideraciones.

II.

Nació este bravo y esforzado capitán en Medellín, pequeña villa de Extremadura, en el año de 1485. A la edad de catorce años le envió su padre á estudiar á la Universidad de Salamanca, en donde dió á poco tiempo grandes pruebas de su carácter atrevido é independiente, y de su poca afición á los estudios literarios. Disgustado de la inacción y calma de la vida académica, y admirador en cambio de las victorias alcanzadas en aquel tiempo en Italia por el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, y de las aventuras y arriesgadas empresas de los marinos que marchaban á las vastas regiones del Nuevo Mundo, abandonó los claustros de aquella Universidad, y dió á entender á su padre la inclinación que sentía por la carrera de las armas.

El espíritu belicoso y caballeresco de aquellos tiempos, que tan perfectamente se avenía con el carácter fogoso y libre de Hernan Cortés, le decidieron por ir á Italia para alistarse como voluntario en el ejército del Gran Capitán; pero una grave enfermedad vino á impedir la realización de su pensamiento, y á abrirle en cambio el camino de la gloria inmortal que le esperaba en el mundo de Colon.

Cortés, en efecto, aprovechándose de la protección que le ofrecía su pariente Nicolás de Ovando, gobernador de la isla de Santo Domingo, se marchó, luego que se hubo repuesto de sus dolencias, á América (1504), y ocupó al lado de su pariente un puesto de bastante consideración, pero que no llenaba sin embargo la ambición y aspiraciones de Hernan Cortés. Disgustado con la vida regular y tranquila que le ofrecía aquella isla,

y entusiasmado de las aventuras y de los peligros que corrían sus hermanos en Cuba, aprovechó la ocasión de acompañar á Diego Velazquez (1511) en su expedición á esta magnífica isla; siendo tales las pruebas de valor y bizarría que dió á su jefe, que Velazquez en recompensa no dudó en concederle, al llegar á Cuba, varios territorios y algunos indios.

El afecto del gobernador á Cortés creció de día en día, hasta el punto de conferirle el importante cargo de alcalde en la capital de la isla, en cuyo desempeño dió inequívocas pruebas de su habilidad y de su talento, y sobre todo, de su genio emprendedor y atrevido. Estas cualidades, unidas á la dulzura de su palabra, á su gracia especial para reconciliar los ánimos más opuestos, á su carácter generoso y libre para con todos, á su arrogante y esbelta figura, y á las grandes simpatías que á todos inspiraba, hicieron á Cortés el más querido y á la vez respetado de cuantos españoles habitaban aquella isla.

A Hernan Cortés, sin embargo, no le satisfacían aquellas ovaciones ni aquel cariño y respeto que todos le profesaban: su genio inquieto y emprendedor le llevaba á otras empresas más arriesgadas y de mayor renombre, y empezó á ocuparse seriamente en una expedición que halagara, por lo atrevida é importante, sus grandes aspiraciones. Cuando hubo apenas indicado este deseo, vinieron á ofrecérsele varios capitanes de los que habían acompañado á Grijalva, y desde entonces Cortés trabajó sin levantar mano para llevar á cabo su grandiosa empresa.

III.

El gobernador Velazquez, que hasta entonces seguía mostrando á Cortés su alto aprecio y su cariño, le ofreció el mando de una segunda expedición que trataba de enviar, sustituyendo á la de Grijalva; pero no faltaron envidiosos de Cortés que hicieron ver á Velazquez los planes y la ambición de su favorito, y esto ocasionó al intrépido marino grandes vicisitudes y contrariedades, que sólo es dado vencer á hombres de su temple y su valor.

El 18 de Noviembre de 1518 partió Cor-

tés con sus diez naves del puerto de Santiago, con una tripulación de trescientos hombres, aumentándose ésta á su paso por la Trinidad, la Habana y otras poblaciones, con algunos amigos de Hernan Cortés, que no dudaban del buen éxito de la empresa, llevando al frente un caudilló tan valiente y entendido.

Llegada la expedición á la isla de Cozumel, no sin haber antes corrido graves peligros por evitar la obstinada persecución del gobernador de Cuba, que cediendo á su propia ambición y á la influencia de los partidarios de Grijalva, quería encomendar á otro esta importante misión, aparecieron algunos indios que bien pronto entablaron amistosas relaciones con los españoles, á quienes ofrecían regalos de no escasa consideración. El cacique de la isla, que afectuoso les acompañaba á todas partes, les condujo al lugar en que prestaban los indios culto á su ídolo Cozumel, y aquí empiezan las luchas y penalidades de aquellos isleños.

Entre tanto que los indios daban culto á aquel ídolo, los españoles, llevados de su espíritu cristiano, le derriban en tierra y amenazan con la muerte á todo aquel que no adorase en la Cruz. Viendo los indios al dios de su culto arrojado por el suelo, se lanzan contra los españoles que de tal manera profanaban su creencia, y tiene lugar una encarnizada lucha, en la que los indios fueron vencidos, y obligados los pocos que sobrevivieron á adorar la religión de los invasores.

La conducta que con los vencidos observó Cortés despues de la victoria, fué tan humanitaria y tan conforme á su carácter simpático y bondadoso, que aquellos mismos indios le ayudaron más tarde á la conquista de Tabasco, que á pesar del gran número de habitantes de que constaba esta población, y del carácter feroz y guerrero de aquellos indios, fué sometida al brioso esfuerzo de los españoles, viniendo al fin los caciques de Tabasco á ofrecer al capitán español un presente de veinte hermosas doncellas, entre las cuales se hallaba la célebre Marina, que en la conquista de Méjico desempeñó un papel de la mayor importancia.

Dueño Cortés de aquellos países, en los que estableció el régimen administrativo que había en España, y contando con el afecto y

las simpatías de sus habitantes, se dirigió á San Juan de Ulúa, cuyo territorio quedó igualmente, despues de sangrientas luchas, sometido á su poder.

IV.

Asustado Motezuma del renombre y singulares victorias que alcanzaban los españoles, envió á Cortés muchos y riquísimos presentes de plata y oro, que sirvieron para despertar la codicia de los españoles y desear, por consiguiente, con mayor vehemencia la conquista del imperio. Enterado Hernan Cortés del objeto de aquella embajada, por medio de su fiel y gracioso intérprete, la hermosa Marina, el capitán español hizo ver á Motezuma su propósito de no abandonar aquellos países hasta someterlos á la corona de España. Dirigiendo despues sus naves hácia Chempoalla, los españoles quedaron sorprendidos al ver lo grande y suntuoso de aquella población, y creyeron imposible de todo punto llegar con tan pocas fuerzas á someter una ciudad tan crecida y numerosa. Felizmente para los soldados de Hernan Cortés, los habitantes de Chempoalla sufrían con harta pesadumbre el pesado yugo del imperio de Motezuma; y sabedores de la misión de los españoles, se apresuraron á ofrecerles sus riquezas y su poder, si con ello había de alcanzarse su emancipación del pesado yugo del emperador de Méjico.

Esta oferta colmó de gozo el corazón de los españoles, y Cortés vió en ella una conquista segura y completa del imperio mejicano. En efecto: ayudado de las fuerzas que se le presentaron de aquella ciudad para luchar, como sus aliadas, en contra de Motezuma, se hizo bien pronto dueño de Chiahuiztla y otras poblaciones del país de los totonacas, y se decidió con la inflexibilidad y constancia propias de su carácter á la conquista de Méjico.

En una estensa planicie resguardada por un lado de inaccesibles montañas y por otro del Océano, y distante como unas doce millas de Chempoalla, determinó edificar una población que sirviese de fuerte á los españoles para batir á los indios, y de seguro refugio en el caso de algun revés de fortuna. La construcción de esta ciudad, que recibió

el nombre de Villa-Rica de la Vera-Cruz, simboliza, como ha dicho el historiador Robertson, la espresion de los grandes móviles de los españoles en sus empresas en el Nuevo Mundo, la sed de oro y el entusiasmo religioso. Ayudaron á Cortés con sus riquezas y con sus esfuerzos los totonacas, y de este modo se vió en breve levantado á las orillas del mar un pueblo que dominaria bien pronto el vasto imperio de Motezuma, y que sería en adelante emporio de riqueza y de poder para la nacion española.

La cuestion religiosa que Cortés y sus soldados procuraban no descuidar nunca, por los grandes resultados que para su empresa les proporcionaba, vino á turbar por pocos instantes la paz y armonía de los indios y de los españoles. Embelesado el jefe de Chempoalla con el gran ascendiente y afectuoso carácter de los capitanes españoles, les ofreció en matrimonio siete jóvenes de las más bellas y ricas de aquel país. Comprendiendo Cortés que se le presentaba una ocasion favorable para abordar la cuestion religiosa, contestó que aceptarían desde luego, si aquellas jóvenes se hacían cristianas y recibían el bautismo: «y vos mismo, — prosiguió Cortés dirigiéndose al jefe que las ofrecía, — jurad la religion cristiana y abandonad el culto de vuestros ídolos, si es que quereis salvar vuestra alma.» «Nosotros y nuestro pueblo, — contestó el cacique, — no podemos renunciar á los dioses de nuestros antepasados; ellos nos dan los frutos, las flores y las casas; ellos nos protegen en los peligros; á ellos debemos una vida exenta de enfermedades.»

Entónces los españoles, impelidos unos del fanatismo religioso, alentados otros por la conveniencia que ofrecía para sus planes la unidad religiosa, gritaron á una voz y con gran furia: «abajo vuestros falsos dioses; nuestro Dios, el verdadero Dios así lo quiere;» y arrojándose sobre los ídolos, los derribaron hechos pedazos por el suelo.

A la vista de semejante profanacion, se preparan los indios para vengar la ofensa hecha á sus dioses; y cuando ya el combate iba á dar principio, dispuestos ya á verter por sus ídolos la sangre, se presenta la astuta y hábil Marina, y les dice con voz sonora y llena de majestad: «á la primera

flecha que dispareis, el Dios de los cristianos os reducirá á cenizas.» Trémulos los indios ante la actitud de aquella hermosa y atrevida joven, temen el cumplimiento de su horrible vaticinio, y oyendo despues los divinos cánticos que con gran fervor elevaban al cielo los soldados españoles, caen de rodillas admirados, y ofrecen á Cortés abrazar la religion cristiana en los altares que al efecto habian preparado.

Desde entónces la empresa de Cortés contaba con elementos, sin los cuales hubiera sido locura querer intentarla. La union y la fraternidad de los indios y de los españoles fueron en adelante íntimas é inquebrantables: nuevos y poderosos jefes se apresuraron á solicitar la alianza con los españoles, y el país entero de los totonacas se sometió á Hernan Cortés, dispuesto á darle todo género de auxilios para llevar adelante la conquista del imperio mejicano.

Todos estos progresos y todas estas victorias de los españoles, inquietaban naturalmente el ánimo de Motezuma, hasta el punto de temer por la conservacion de su vasto imperio, cuya longitud de Este á Oeste venia á ser de unas 500 leguas, y de unas 200 la de Norte á Sur. Limitábanle por el Norte la provincia de Panuco y el país de los chichimecas y otomies; por el Sur Guatemala y Nicaragua; por el Este el mar del Norte, y por el Oeste el golfo de Anan. La estension que comprendia este imperio, segun Clavijero, Humboldt y otros escritores, era de 18 á 20.000 leguas cuadradas de 15 al grado, ó sea el espacio que ocupaban las antiguas intendencias de Veracruz, Oajaca, Puebla y Valladolid. Tal y tan grande era el imperio que se ofrecía á la gloriosa conquista de Hernan Cortés en el año de 1519.

V.

Aprovechando este intrépido y entendido capitán la enemistad de los habitantes de Tlascála con el gobierno de Motezuma, se dirigió con sus naves á aquella gran república, cuyo circuito era de más de 80 leguas, y de cuyas riquezas y poblacion nos habla el mismo Cortés diciendo: «que era más grande, más fuerte, más poblada que la ciudad de Granada al ser tomada por las armas sarracenas.

Cada día, — continúa, — venden y compran en su mercado más de treinta mil personas. Allí se encuentran riquísimas ropas, preciosas joyas, plantas medicinales, maderas, carbon, todo en fin cuanto suministran los mercados de Europa. La limpieza y el aseo de la poblacion nada dejaban que desear: los edificios sólidos y elegantes, el clima tan delicioso como el de Génova y Venecia, y el gobierno le formaban los caciques más entendidos y probos.....»

La resistencia que esta república hizo á la entrada de los españoles fué en extremo tenaz y sangrienta. Cinco mil indios esperaban, armados de flechas y ocultos entre los bosques, las fuerzas de Hernan Cortés; y apenas éstas se pusieron al alcance de sus flechas, disparan contra el pecho de los invasores, dejando el campo regado en sangre española. Cortés entónces infunde con su palabra y con su ejemplo un valor extraordinario en sus tropas, y acometiendo con furia á los emboscados, dispersan á los unos, acuchillan á los otros, y queda el campo y la república entera en poder de los españoles.

Consternado Motezuma con esta singular victoria de las armas de Castilla, envía embajadores al vencedor proponiéndole algunas condiciones para que no siga adelante en sus conquistas. Cortés rechaza aquellas proposiciones, demostrando así al emperador que está dispuesto á levantar sus banderas en todo el imperio.

Sometida Tlascála se dirigen los españoles sobre Méjico, llevándose como aliados un gran número de aquellos habitantes; y despues de apoderarse de la importante plaza de Cholula, de la que nos dice Cortés que era tan bella y estaba de tal manera fortificada que no envidiaria á ninguna de las de España, y héchose asimismo dueño de Quitlabaca, Iztacpalaca y otros puntos importantes situados ya en la laguna de Méjico, se presentó Motezuma en el alojamiento de Hernan Cortés con varios regalos de inapreciable valor.

VI.

Era Motezuma de aspecto grave, humilde en la apariencia, silencioso y dado frecuentemente, no sin intencion, á las prácticas

religiosas en los sitios más públicos y concurridos. En los primeros años de su juventud dió muchas y elocuentes pruebas de su agudo ingenio y de su gran valor, que le valieron en Méjico el aprecio y la estima de aquellos habitantes. Hábil político y simpático en extremo para con todos los que trataba de atraerse á su partido, y sobre todo, fiel observador del culto esterno de su religion, fué elegido por el aplauso unánime de los mejicanos para ceñir la corona del imperio. Pero la humildad y el afecto para con el pueblo, de que tantas pruebas habia dado antes de ceñirse la régia diadema, se convirtieron bien pronto en un estremado orgullo y en un despotismo bárbaro y cruel.

«La primera accion — dice Solís, — en que manifestó su altivez, fué despedir toda la familia real, que hasta él se habia compuesto de la clase media y plebeya, y bajo pretexto de mayor decencia y dignidad del imperio, se hizo servir de los nobles hasta en los ministerios ménos decentes de su palacio. Dejábase ver pocas veces de sus vasallos, tomando con frecuencia el retiro y la soledad como lo más conforme á la grandeza de su poder. Persuadióse de que podia mandar en la libertad y en la vida de sus vasallos, y ejecutó grandes crueldades para persuadirlo á los demás. Consiguió con estas violencias que le temiesen sus pueblos; pero como suelen andar juntos el temor y el aborrecimiento, se le rebelaron algunas provincias, entre las cuales se hallaban las de Mechoacan, Tlascála y Tepeaca, acerca de las cuales solia decir, que no las sojuzgaba, porque habia menester aquellos enemigos para proveerse de cautivos que aplicar á los sacrificios de sus dioses.»

En cuanto al servicio que Motezuma tenia en su grandioso palacio, no son ménos curiosas é importantes las noticias que el autor anteriormente citado nos suministra. Tenia dos clases de guardias: una militar que ocupaba los patios y las puertas del palacio, y otra compuesta de nobles y caballeros de todo el reino, cuyo número no bajaba de 200, la cual se encargaba de custodiar la real persona y asistir á su cortejo. Era costumbre de los reyes mejicanos casarse con hijas de otros reyes tributarios suyos, y Motezuma tenia dos mujeres de estas con el título de

reinas. El número de sus concubinas era exorbitante y escandaloso; pues hallamos escrito que habitaban dentro de su palacio más de 3.000 mujeres entre amas y criadas, y que venían al exámen de su antojo cuantas nacían con alguna hermosura en sus dominios, porque sus ministros y ejecutores las recojian á manera de tributo y vasallaje. Las audiencias que concedía Motezuma no eran fáciles ni frecuentes, y el agraciado entraba descalzo y hacia tres reverencias sin levantar los ojos, so pena de un gran castigo, diciendo en la primera: «señor;» en la segunda: «mi señor;» y en la tercera «gran señor.»

Esta conducta déspota y altiva de Motezuma para con sus vasallos, favoreció en gran manera el pensamiento de Hernan Cortés. Los mejicanos, fanáticos y supersticiosos como todos los pueblos que viven en la ignorancia, habianse explicado ciertos signos que observaron en el cielo, como el anuncio de la llegada de un hombre extraordinario que habia de venir de lejanas tierras á castigar las crueldades de aquel mónstruo emperador. Unido esto al carácter y á la conducta de los españoles, mostrándose fuertes en el combate y humanitarios en la victoria, puede servir de mucho para comprender en algun modo la posibilidad de la conquista de Méjico, realizada por un número tan escaso de españoles.

VII.

La entrevista de Cortés y Motezuma, anteriormente citada, fué en extremo afectuosa y cordial, sin que uno ni otro se revelaran los planes que se proponían. Al día siguiente fué Cortés á devolver la visita á Motezuma, llevando en su compañía á los capitanes Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon, Gonzalo de Sandoval y Diego de Ordaz, y las relaciones entre españoles y mejicanos se estrecharon con tal motivo de una manera íntima y afectuosa.

Un nuevo incidente viene á turbar la paz de que disfrutaban los españoles en Méjico, y á acelerar la realizacion del pensamiento que abrigaba Hernan Cortés. La ciudad de Veracruz, que como ya indicamos en otro lugar, se hallaba ocupada por los españoles, quedando al frente de su gobierno Juan de Es-

calante, fué invadida por uno de los capitanes de Motezuma, causando grandes destrozos y dando muerte á varios españoles y totonacas.

Esta noticia confirmó las sospechas de Cortés respecto á la conducta hipócrita y rastrea de Motezuma para con los españoles; y despues que hubo consultado con sus capitanes, se decidió por arrostrar lo antes posible los nuevos peligros que le aguardaban en Méjico. Al efecto se dirigió al palacio del emperador acompañado de la discreta Marina, de Sandoval, Alvarado, Velazquez de Leon, Lugo y Dávila, y de cinco soldados de su mayor confianza, con la intencion de apoderarse por grado ó por fuerza de Motezuma, único medio de impedirle realizar sus encubiertos planes.

Tal pensamiento, que desde luego repugna á la dignidad y al derecho de gentes, se hallaba, sin embargo, justificado para Hernan Cortés, porque de llevarlo ó nó á cabo, dependia la salvacion ó muerte del ejército español. Por lo demás, la idea no podia ser más ingeniosa ni más propia de la sagacidad del célebre capitán. Motezuma era para los mejicanos una especie de sacerdote sagrado, una garantía segura de la obediencia de todo aquel pueblo; y al atreverse un extranjero á imponer su mano y arrestar en su palacio á un príncipe, á quien ninguno de sus vasallos podia mirar sin sentirse castigado al punto por la fuerza ó por su propio temor, daba desde luego á los mejicanos la idea de un poder sobrenatural en Cortés y en los demás españoles.

Presentados éstos á Motezuma y retirada su guardia á larga distancia, empezó á dirijirle Cortés severos cargos por el atentado de que habian sido víctimas los españoles en Veracruz, en contra de lo que se habia pactado. Motezuma, de suyo poco animoso como todos los déspotas y traidores cuando han de habérselas frente á frente con otro hombre, negó que tuviese participacion alguna en los atentados de su general Qualpopoca contra los españoles en Veracruz; pero Cortés, firme en su intento de apoderarse del emperador, le amenazó con la muerte, obligándole á marchar como arrestado al palacio del capitán español, manifestando antes á sus vasallos que voluntariamente abandonaba su

régia morada y se marchaba por algun tiempo al lado de los españoles. Los mejicanos, en efecto, obedeciendo á su rey, le dejaron partir; pero este acto de maldad y cobardía fué realmente lo que más contribuyó á precipitar la caída del imperio azteca.

La conducta de Cortés para con Motezuma, despues que le hubo trasladado á su palacio, fué tan atenta y delicada, que al poco tiempo concluyó el emperador, segun los historiadores más autorizados, por dar á Cortés todo género de pruebas de verdadero afecto y amistad sincera, y así vienen en efecto á probarlo varios actos de Motezuma en circunstancias, bien críticas por cierto, para el caudillo español.

Pero no se crea que este afecto era hijo de un sentimiento bondadoso y sincero de Motezuma: en pechos tan ruines que abandonan su patria á un pueblo extraño, no caben nunca tan bellos instintos. Motezuma no desconocía los ódios y rencores que su crueldad habia hecho nacer entre sus vasallos, y los remordimientos de su conciencia le anunciaban con miedo y espanto que llegaria un momento de horrible expiacion. Las victorias, por otra parte, que los españoles habian alcanzado en algunas de sus provincias, le hacían presentir un dominio más ó ménos pronto en todo el imperio; el proceder algun tanto servil y poco digno de los españoles en su trato para con el ilustre arrestado, satisfacía y halagaba el orgullo del emperador; y todos estos móviles, verdaderamente propios de tan indigno monarca, le llevaban á permanecer al lado de los españoles, y á favorecer, atentando contra su misma patria, el pensamiento de sus enemigos.

VIII.

Los nobles y grandes del imperio mejicano, más celosos de su patria y de su independencia, se decidieron á hacer la guerra á los extranjeros y á todo trance arrojarlos de su territorio. El primero que entre ellos dió el grito de guerra de independencia fué el rey de Tezcucó, sobrino de Motezuma. Hernan Cortés, que no ignoraba que entre los oprimidos las reacciones son siempre proporcionadas á la antipatía y al ódio, y que la venganza está en proporcion de las ofensas

sufridas, temía que el movimiento de Tezcucó se extendiese á las demás provincias, y así fué que con toda diligencia aprestó sus armas y sus gentes, preparándose á salir al encuentro del jóven y digno príncipe. Motezuma, á quien constaba el valor y arrojo de su sobrino, dice á Cortés que permanezca tranquilo, pues de lo contrario los españoles serian derrotados; y entre tanto, haciendo uso de su autoridad suprema, hace conducir á presencia de Cortés al sublevado príncipe, que con otros varios nobles que como él trataban de defender su patria, fué arrestado y puesto bajo la custodia de los españoles.

Cortés, que empezaba á tocar ya los excelentes resultados de su amable conducta para con Motezuma, procuró obrar de idéntica manera con otros nobles y adictos del emperador, y ayudado en todo por Motezuma, consiguió bien pronto atraer á su partido á un gran número de mejicanos traidores á su patria, pero que tenían, sin embargo, en ella gran poder y valimiento.

Preparados así los ánimos por el sagaz y afortunado español, y exagerando los peligros que amenazaban al monarca mejicano, á la vez que presentándole todo género de seguridades si aquel imperio se ponía al amparo de la corona de Leon y de Castilla, aprovechó una ocasion favorable y propuso formalmente á Motezuma el reconocimiento del rey de España como sucesor de aquel imperio, prestándole obediencia y pagándole tributo como á descendiente de su conquistador. Esta rara y extraña proposicion fué aceptada sin grandes esfuerzos por el metuculoso y aturdido Motezuma; y convocando á los nobles, les propuso el reconocimiento de vasallaje al rey de España como sucesor de Quezoalcoál, fundador del Anahuac.

Tales proposiciones fueron aceptadas por los favoritos del emperador, pero rechazadas por los demás con profunda indignacion; resultando de aquí una lucha sorda y sangrienta que dividió en dos bandos el imperio. A tal altura se encontraban en Méjico las negociaciones del célebre estremeño, cuando supo que un gran número de españoles eran enviados al mando de Pánfilo de Narvaez, para prenderle con toda su gente y conducirle á Cuba á las órdenes del ambicioso

Diego Velazquez, gobernador de esta isla. Resuelto Cortés á no cejar en su empeño de conquistar á Méjico, se dispuso á luchar contra las fuerzas de Velazquez, y dejando en Méjico á Pedro de Alvarado, se dirigió en Mayo de 1520 hácia Veracruz en busca de las tropas de Narvaez. Las fuerzas de que disponía Cortés no pasaban de 250 hombres; pero todos tan aguerridos, tan acostumbrados al clima, al cansancio y á las privaciones, que no sólo consiguió vencer á su rival despues de largos y sangrientos combates, sino que atrajo á su bandera todas las fuerzas enemigas que sobrevivieron á la lucha.

Entre tanto que estas victorias ensalzaban más y más el valor y pericia de Hernan Cortés, una noticia vino á turbar su animoso y satisfecho espíritu. Era costumbre entre los mejicanos festejar en el mes de Mayo al dios de la guerra. Desde el monarca hasta las clases más inferiores, todos debían acudir á esta solemne y grandiosa fiesta, y por tanto los nobles rogaron á Alvarado que dejara á Motezuma asistir al templo. Alvarado, que creyó ver en esto un pretexto para hacer salir al rey de la fortaleza y ponerse al frente de un movimiento que sería terrible para los españoles, pudo conseguir que la funcion tuviese lugar dentro de su mismo palacio. Los mejicanos, que no otra cosa se proponían que festejar á su dios, accedieron á los deseos del capitán español, y acudieron en efecto al lugar citado. Las joyas y piedras preciosas de que los nobles iban adornados eran de un valor inapreciable; y cuando la ceremonia hubo dado principio, los soldados españoles, codiciosos por una parte de tantas riquezas como á su vista se presentaban, é indignados por otra del culto erróneo y supersticioso de aquella nobleza, cayeron sobre ella con las iras del fanático y la presteza del avariento, y despojándola del oro y brillantes con que adornaba sus ligeros trajes, acuchillan á los unos, ponen en fuga á los otros, dejando el palacio cubierto de sangre y alhajas de gran valor.

IX.

Este atentado de los españoles fué como la mecha que pone fuego al cañon. Seis

meses hacia que los mejicanos reprimían sus ódios y sus venganzas contra unas estrañas gentes, que poco á poco y con la mayor cautela, iban descubriendo el pensamiento que les llevaba á aquellas regiones, y el atropello del palacio de Alvarado fué para los mejicanos el despertar del leon de su calentura. Llenos de indignacion y de ira se dirigen al palacio de los españoles, y ni uno solo de éstos hubiera escapado de la furia de aquel pueblo sin la eficaz y oportuna intervencion de su emperador. Sin perder momento dió cuenta Alvarado de este suceso á Cortés, y aquí debemos notar cómo van encadenándose los acontecimientos en este gran drama de la conquista de Méjico.

Cuando Cortés recibió el mensaje, estaba ya derrotado Narvaez y militando sus fuerzas bajo las banderas del vencedor: un día más que se hubiese dilatado esta victoria, un entorpecimiento cualquiera que hubiese impedido la vuelta instantánea de Cortés á Méjico, habria bastado para que Juan de Alvarado y los demás españoles hubieran sido víctimas de la insaciable saña de un pueblo invadido y ultrajado; para que Motezuma sufriese la misma suerte, ó cuando ménos, perdiera para siempre la corona; para que Méjico recobrase su libertad y su independencia, y para que toda tentativa ulterior fuese inútil contra un pueblo ya aleccionado, sin grandes fuerzas y mayores sacrificios, y sobre todo sin hombres de la entereza é inquebrantable carácter de Hernan Cortés.

Nada de esto sucedió sin embargo. El 24 de Junio llegó á Méjico el capitán español con numerosas fuerzas y con gran contentamiento de Motezuma y de los españoles que se encontraban en la última esperanza. Los mejicanos no por esto deponen las armas; ántes al contrario, se preparan con mayor brio á la pelea. Cortés, luego que hubo censurado ácremente la conducta de Alvarado y los desmanes de los españoles, se dispone con toda la fuerza de su voluntad de hierro á realizar su anhelado pensamiento, y ordenando convenientemente sus tropas se prepara á resistir el empuje de los mejicanos. Rodean éstos el palacio; piden á gritos la cabeza de su rey traidor y el esterminio de todos los extranjeros; acometen con furia al palacio; se presenta Motezuma arengando á

sus vasallos, y rogándoles la paz; éstos al verlo se indignan, le arrojan una nube de dardos y flechas, y Motezuma cae al suelo bañado en su propia sangre. Cortés, apelando á un recurso extremo, á lo cual era tan aficionado como protegido por la fortuna, se pone al frente de unos cuantos de los suyos, y con un ímpetu y un valor increíbles se arrojan sobre las puertas y se abren paso por entre las lanzas. Los demás españoles siguen su ejemplo, y en breve vióse el palacio libre de los sitiadores.

Ni aun así desisten los mejicanos de su venganza. Aprovechando la oscuridad de la noche ponen fuego al palacio, y los españoles, aunque con sensibles pérdidas, logran apagarlo: al dia siguiente el pueblo en masa se dirige otra vez al fuerte de los españoles: resisten éstos con valor desesperado; pero comprendiendo que en aquella situacion no podrian librarse de una muerte próxima y horrible, proponen la paz: el pueblo la acepta, tal vez con aviesas intenciones; y Hernan Cortés, poniendo en práctica aquello mismo que sospechaba de sus enemigos, logra escapar con sus fuerzas del cuartel, y se retira al campo para poder desde allí combatir con mayor desembarazo.

Vuelven los indios á presentarle el combate y le obligan á refugiarse en la ciudad de Tacuba, en donde Cortés pudo notar con amargo sentimiento, que le faltaban los valerosos capitanes Juan Velazquez de Leon, Amador de Lariz, Francisco Saucedo y otros, y hasta doscientos españoles, mil tlascaltecas, cincuenta caballos y todos los prisioneros. No por esto desmayó en su propósito el intrépido Cortés. Para reponerse en algun tanto de las grandes pérdidas que acababa de sufrir, se encaminó hácia la provincia de Tlascála, en donde tan favorable acogida le habian hecho sus habitantes; pero los indios, que comprendieron sin duda este pensamiento, se apresuraron á entorpecer con pequeñas escaramuzas la marcha de los españoles, entre tanto que dirigian numerosas fuerzas al valle de Otumba para impedir que nuevos refuerzos de tlascaltecas viniesen en auxilio de Cortés, y esperar allí al mismo tiempo la llegada de éste y presentarle formal batalla.

Consiguen llegar, no sin grandes penalidades y desgracias, al citado valle las tro-

pas españolas, y vieron cubierto aquel llano de multitud de indios, que con gran algazara esperaban la llegada de sus enemigos. Las tropas de Cortés, al contemplar desde una altura aquel campo cubierto de dardos y lanzas, muestran temor de dirigirse al combate; pero Cortés, con el arrojo y entusiasmo que les exhorta, les infunde con su palabra entusiasmo, les dice que nada teman, que Dios milita por ellos y que la victoria será de los españoles: espoleando luego su caballo, se dirige contra el enemigo; sus soldados le siguen, y en un instante quedaron confundidos y luchando cuerpo á cuerpo mejicanos y españoles. Cortés, seguido de Juan de Alvarado, de Sandoval, de Olid y de Alonso Dávila, se dirige por entre los escuadrones contra el jefe de los indios, que sentado en una magnífica carroza, llevaba el estandarte, y le derriba en tierra al primer golpe de su irresistible lanza, sufriendo á la vez el capitán español una herida en la cabeza. Viendo su estandarte en poder del enemigo y muerto su principal jefe, caen en gran desaliento, de que supieron aprovecharse los españoles, y acaban en fin por dispersarse y dejar el campo libre y cubierto de cadáveres.

X.

Esta singular victoria puso en manos de Hernan Cortés casi todo el imperio mejicano. Los pocos indios que escaparon de la batalla de Otumba, amedrentaron á sus compatriotas con sus relaciones acerca del valor de los españoles: éstos recorren libremente á Tlascála y algunas otras provincias, y se atraen á su partido gran número de mejicanos: intenta Cortés ir sobre la ciudad de Méjico, y se convence de que aquel pueblo se hallaba dispuesto á combatir sin tregua contra los españoles, para lo cual habia elegido por rey al activo é incansable Custlahualzen, hermano de Motezuma: y en tal estado, el general español se dispone á hacer grandes preparativos para sitiar la ciudad.

No es nuestro objeto, ni cabe tampoco dentro del pensamiento de nuestro trabajo, detallar todos y cada uno de los esfuerzos extraordinarios que necesitó Cortés para rendir

á Méjico, por lo cual omitiremos las innumerables y cruentas batallas que libró en lo sucesivo, hasta dominar por completo lo que se llamó más tarde la Nueva España. Citaremos, sin embargo, como uno de tantos preparativos, la construcción de un canal de dos millas de longitud y doce piés de profundidad, para conducir las naves desde Tezenco al lago de Méjico, en cuyas obras se emplearon por espacio de cincuenta días más de ocho mil obreros del reino de Acolhuacan; y recordamos á la vez como un rasgo noble, humanitario y generoso de Hernan Cortés, las palabras que dirigió á sus soldados ántes del ataque: «Ninguno de vosotros,—les decia,—blasfemaré del nombre de Dios ni de la Virgen María. Ninguno ofenderá á sus camaradas, ni llevará su mano á la espada para herirle. Ninguno violentará, so pena de muerte, á mujer alguna. Ninguno se apropiará de lo ajeno. Ninguno castigará á un indio, á ménos que sea su esclavo. Ningun español ofenderá á un aliado mejicano, sino que por el contrario, procurará tenerle todo género de deferencias y consideraciones.»

Con tales preceptos se empezó el ataque de Méjico el 28 de Abril de 1521, hecho de armas el más importante de cuantos presenta la historia del Nuevo Mundo desde su descubrimiento, calculándose el número de españoles y de aliados en unos cien mil y unas veinte pequeñas piezas de artillería, y hasta doscientos mil el de los indios que defendían la capital de su imperio.

El sitio de Méjico duró unos tres meses. Las pruebas de valor y de talento militar que dió Cortés durante estas memorables jornadas, nos ocuparía, si hubiéramos de indicárselas al ménos, mucho más espacio del que disponemos. Los demás capitanes españoles rivalizaron igualmente en arrojo y bravura; todos, en fin, tanto sitiados como sitiadores, pelearon con frenético entusiasmo. La presentación de Quauhquemotzin, rey del Anahuac, en el campamento de los españoles, puso término á esta lucha sangrienta. El ilustre prisionero, llevado á la presencia de Hernan Cortés, dijo con voz digna y majestuosa: «Yo soy Quauhquemotzin, soberano del Anahuac, contrariado por la suerte; yo me entrego á tí; cesen los insultos á la reina y á

mis hijos, y deje de derramarse la sangre de mis súbditos, de quienes nada teneis ya que temer; yo he hecho por mi defensa y la suya cuanto el honor de mi corona y mi deber de monarca me prescriben; mis dioses me han sido contrarios, y yo soy tu prisionero: haz de mí lo que tengas por conveniente; hiéreme; toma esta vida que yo lamento no haber perdido en defensa de mi patria.»

Desde entónces cesó la guerra entre los mejicanos y los españoles, y pudieron éstos apoderarse de la ciudad sin nuevos y sangrientos sacrificios. El aspecto que Méjico presentaba era el más horroroso, el más terrible de cuantos pueblos han resistido las iras del sitiador. Bernal Díaz compara el estado de aquel pueblo al de Jerusalem despues del sitio de la ciudad santa: una décima parte de la poblacion estaba en pié; todo lo restante no presentaba sino un inmenso monton de ruinas cubiertas de cadáveres, cuyos olores postraban en tierra á vencidos y á vencedores; hasta ciento cincuenta mil mejicanos habian muerto en los tres meses de asedio, unos por hambre, otros por enfermedades, los demás por las armas de los sitiadores.

Cortés se retiró á Coyohuacan, ciudad hermosa situada á legua y media de Méjico: convoca desde allí á las demás ciudades del Anahuac y les garantiza su libertad; les promete conservar sus tierras y dejarles libremente la eleccion de su residencia. Les exhorta á la union y fraternidad con los españoles; les hace entrever un gran progreso si á ello le ayudan la paz y calma de aquellos Estados; les asegura una eterna bienaventuranza con la nueva religion que les traia, y de este modo la habilidad y entereza de Hernan Cortés consiguió hacer grandes prosélitos en todo el Anahuac, y que quedasen sometidas en su mayor parte á la corona de España las vastas comarcas de aquel gran imperio.

No entra en el plan de nuestra publicacion decir nada sobre las demás conquistas que llevó á cabo Cortés en la América Central, ni estendernos en detalles sobre sus actos posteriores á la conquista. Grande fué la ingratitud de la madre patria para con un hijo que habia completado la obra grandiosa del inmortal Cristóbal Colon, y que como éste habia admirado al mundo por su valor y su constancia. Como el ilustre descubridor, Her-

nan Cortés fué hecho prisionero por órden de su emperador Carlos V y conducido á España, desembarcando en Palos á fines del mes de Mayo de 1528. Los rivales de Cortés no pudieron en esta ocasion tanto como el génio y simpático carácter del capitán español, y no sólo se le devolvieron todos sus títulos y condecoraciones, sino que se le nombró gobernador de la Nueva España y de todo el Continente y demás islas que se descubriesen en el mar del Sud. La envidia de sus enemigos le hizo más tarde perder la justa proteccion y bien merecida recompensa del monarca; y Hernan Cortés, como Cristóbal Colon, como casi todos los grandes hombres de aquella época memorable, murió en 2 de Diciembre de 1547, á los sesenta y dos años de edad, en un estado bastante pobre, y abandonado, ya que no despreciado, de los nobles y de los poderosos.

CAPÍTULO III.

EL RÉGIMEN COLONIAL.

La propaganda religiosa. — Los misioneros. — Las Encomiendas. — Establecimiento de la Inquisicion. — Preponderancia del elemento clerical; su lucha con el poder civil. — Conmociones en tiempo del virey marqués de Gelves. — Organización colonial, civil, política y religiosa de Méjico. — Legislacion: Las «Leyes de Indias». — Desórden en la administracion. — Reformas hechas en el siglo XVIII.

I.

Hemos reseñado los orígenes y conquista del vasto imperio de Méjico, con la rapidez ó incorreccion á que nos obligan los estrechos límites de esta obra, la premura del tiempo y las poquísimas fuerzas con que contamos. Con iguales faltas y en idénticas condiciones, vamos á dar ahora una ligera noticia de aquel imperio hasta principios del presente siglo, en que recobró su libertad y su independencia, permitiéndonos algunas breves consideraciones sobre el régimen administrativo, civil y político con que dotó España á esta importante colonia del Nuevo Mundo.

La primera cuestion que desde luego quiso abordar la metrópoli, como la más necesaria y la más apremiante de cuantas pueden conmovier en sus cimientos á esas grandes

agrupaciones que llaman pueblos, fué la cuestion religiosa. Las creencias de la Edad media, que por este tiempo absorbían el espíritu de los españoles; las victorias alcanzadas por ellos, merced en parte á esas mismas creencias, sobre los africanos que por espacio de ocho siglos habian ocupado la Península; la reforma que imponente y amenazadora se presentaba en el Norte, agitando violentamente el espíritu; el fanatismo, en fin, y el sentimiento caballeresco tan arraigado en España; todo esto, decimos, fueron causas que llevaron necesariamente á Méjico, como á las demás partes de América, ese espíritu de crueldad y de intolerancia religiosa de los españoles, firmes en su conviccion de enfrenar para siempre en la Península como en Ultramar, todo género de sentimientos de libertad é independencia con el tribunal poderoso y horrible de la Inquisicion.

Consecuencia de tan escésivo rigor en materias religiosas, fueron igualmente las severas disposiciones que en Méjico se dictaron sobre su régimen civil y político, de que más adelante nos ocuparemos; pues sabido es que cuando un pueblo llega en religion hasta el fanatismo, todos los medios que emplea le parecen legítimos y buenos, si con ellos consigue triunfar de los infieles, ó estender su fé, ó enriquecer los dominios de su trono. Sólo así pudieran explicarse ciertas medidas empleadas por religiosos españoles para atraer á su fé á los infelices indios del Anahuac, y sólo así se concibe cómo este territorio se consideraba propiedad de la corona de España en virtud de donacion del Papa.

En el año de 1522 varios monjes franciscanos, agustinos y dominicanos se dirijieron á Méjico para la conversion de infieles. Estendiéndose los unos por Tlascála, los otros por Mechoacan y el reino de Motezuma, procuraron ante todo la conversion de los grandes y de los nobles, consiguiendo sin grandes dificultades la de la familia real de Tezcuco, la de Quauhquemotzin y otros nobles que se habian librado de las encarnizadas luchas de la conquista.

Esta manera de dar principio los misioneros á su difícil y peligrosa tarea produjo, como no podia por ménos, excelentes resultados. Abrazando el cristianismo las familias